Colección **CONFLUENCIAS**

PRÓXIMOS TÍTULOS:

La historia imaginada. La construcción visual del pasado y los usos políticos de las imágenes en la Europa Moderna, dirigido por Joan-Lluís Palos Peñarroya y Diana Carrió-Invernizzi

Diseño de cubierta: Marta Baztán

Una de las ciudades italianas en las que la presencia española durante la Edad Moderna resultó más importante fue sin duda Bolonia, gracias sobre todo a la fuerte atracción que ejercía su prestigiosa y antigua universidad. Al mismo tiempo, diversos boloñeses estuvieron llamados a ocupar lugares de relevancia en el panorama cultural de la España del siglo XVII. Pese a estas circunstancias, los vínculos entre España y Bolonia en aquel periodo apenas han sido considerados por la historiografía actual. Seicento *boloñés y Siglo de Oro español*, fruto de la tesis doctoral del autor, aborda las relaciones artísticas y culturales que en aquella prolífica centuria existieron entre nuestro país y la ciudad italiana, ofreciendo por primera vez una visión de conjunto en la que encuentran cabida los artistas y los mecenas, los políticos y los religiosos, los viajeros y los literatos.

David García Cueto (Málaga, 1977) es Doctor Europeo en Historia del Arte. En la actualidad colabora como investigador asociado con la cátedra de Historia del Arte Moderno de la Universidad de Roma «La Sapienza».

CONFLUENCIAS

SEICENTO BOLOÑÉS Y SIGLO DE ORO ESPAÑOL • DAVID GARCÍA CUETO

CEEH
Centro de Estudios
Europa Hispánica

SEICENTO BOLOÑÉS Y SIGLO DE ORO ESPAÑOL

• • •

DAVID GARCÍA CUETO

CEEH
Centro de Estudios
Europa Hispánica

La colección **Confluencias** del Centro de Estudios Europa Hispánica (CEEH) está dedicada a las relaciones internacionales del arte, las letras y el pensamiento español del Siglo de Oro. Se trata de acoger en esta serie un conjunto de monografías, tesis doctorales y actas de congreso centradas en aspectos de mutua influencia, paralelos e intercambios entre España y otros países; ideas, formas, agentes y episodios de la presencia hispánica en Europa, así como de lo europeo en España.

CONFLUENCIAS

II
España en Bolonia

Bolonia, ciudad del Estado Pontificio

La ciudad de Bolonia formó durante casi toda la Edad Moderna parte del Estado Pontificio. Por ello, al no ser la capital de un territorio autónomo, como ocurría con ciudades como Parma[1], Módena, Génova o Venecia, Bolonia nunca tuvo representantes diplomáticos destacados en otras naciones europeas, y tampoco éstas los tuvieron en ella. Todas las gestiones políticas de los extranjeros debían contar con el beneplácito del gobierno pontificio, y por tanto pasar por Roma. Así, el embajador español ante la Santa Sede era el encargado de solicitar al papa las distintas acciones concernientes a la ciudad de Bolonia que desde Madrid se querían promover.

Bolonia (fig. 2) componía su gobierno con dos órganos fundamentales: la legación pontificia, encabezada por el cardenal legado, y el senado, compuesto a partir del pontificado de Sixto V (1585-1590) por cincuenta representantes de otras tantas familias patricias o senatoriales, decisión que entró en vigor en 1590. Senado y legado no tenían responsabilidades diferenciadas, sino que por el contrario debía ejercer sus funciones *simul cum*, es decir, de manera conjunta. La mayor o menor cuantía de poder que el senado tuvo estaba en estrecha dependencia del talante personal de cada uno de los legados, habiendo quienes tomaron entre sus manos las riendas de muchos asuntos de la vida ciudadana, y quienes prefirieron delegar en el máximo órgano de representación. Este tipo de gobierno, definido como «mixto»[2], mostró su efectividad durante toda la Edad Moderna, hasta que el dominio napoleónico modificó sus estructuras.

Sin duda, a estos poderes políticos que convivían en Bolonia había que añadir algunos de carácter religioso no menos importantes, con el poderoso arzobispo a la cabeza, así como la cúspide de la orden de los dominicos y demás instituciones de la Iglesia presentes en la ciudad, amén de los gremios, notarios, etc. Además, el gobierno de la ciudad destacaba un embajador en Roma ante la corte pontificia, encargado de mediar en cuestiones concernientes a los intereses de

2. Vista de la ciudad de Bolonia. Vaticano, Galería de los mapas.

la misma, el cual en ocasiones puntuales podía ser apoyado por uno o varios embajadores de obediencia, igualmente destacados ante el papa. Éste era uno de los principales privilegios de Bolonia dentro del organigrama del Estado Pontificio, ya que ninguna otra ciudad bajo el control de la Iglesia contaba con un embajador permanente en Roma, elegido siempre entre los senadores de la ciudad[3]. Otros cargos del gobierno ciudadano, íntimamente ligados al senado, eran el *gonfaloniere*, elegido entre los senadores cada dos meses, y los *anziani*, ocho miembros de la nobleza menor designados igualmente por la cámara boloñesa, si bien sus competencias no eran de gran peso específico[4].

El inicio de los vínculos de España con la ciudad de Bolonia habría que buscarlo cuando la nación española aún no se había configurado como tal. En efecto, es cuando la Península Ibérica se encontraba todavía fragmentada en reinos independientes, musulmanes y cristianos, cuando los primeros castellanos, catalanes o aragoneses llegan a Bolonia para formarse en su prestigiosísima universidad. La fundación por parte del cardenal Gil de Albornoz del Colegio de San Clemente a través de su última voluntad, dada en 1364, vino a dotar de un respaldo institucional la comunidad de estudiantes hispanos de Bolonia, a la vez que supuso el inicio, desde su inauguración en 1369[5], de la presencia de los *bolonios* en la ciudad, aquellos colegiales del San Clemente que se convirtieron en uno de los grupos foráneos con mas protagonismo en la vida boloñesa.

Otro acontecimiento que unió aún más la urbe italiana con la vida española, una vez finalizada la Edad Media, fueron las estancias del emperador Carlos V en Bolonia. Carlos V estuvo en dos ocasiones en la ciudad, la primera del 5 de noviembre de 1529 al 21 de marzo de 1530, y la segunda del 13 de noviembre de 1532 al 28 de febrero de 1533. Durante aquellos meses, el emperador estableció alianzas con algunos miembros de la nobleza boloñesa, especialmente con los Campeggi, quienes disfrutaron de la promoción de algunos de sus miembros dentro de las jerarquías del imperio. En esa circunstancia, los lazos de la aristocracia ciudadana y del poder español se estrecharon en modo tal que permanecieron unidos al menos hasta la muerte del infortunado Carlos II.

Cuando Felipe II sucedió a su padre en el gobierno del imperio español, los vínculos con Bolonia no se vieron afectados. Durante algunos años del reinado de Felipe II, un boloñés ocupó el papado; fue Gregorio XIII, Ugo Boncompagni, cuyo pontificado se extendió de los años 1572 a 1585 (fig. 3). Con anterioridad había desempeñado el cargo de nuncio en España, ocasión en la que tuvo la oportunidad de ganarse la amistad del monarca español, cuyo apoyo resultó decisivo para su nombramiento como papa. Su pontificado contó en consecuencia con una intervención directa de Felipe II. Fue decidido defensor de los postulados de Trento, y contribuyó a que las órdenes de impulso reformista, como jesuitas, filipenses y carmelitas descalzos[6], se afianzasen. Como contrapartida, la corte pontificia se benefició ampliamente del patronazgo que Felipe II ejerció sobre ella durante todo el pontificado de Gregorio XIII, así como de la protección militar prestada por ese mismo rey a los territorios de la Península Itálica que por entonces estaban bajo el control de la Santa Sede. Resulta significativo el ascenso que se le propició a Giacomo Boncompagni, duque de Sora, hijo natural del papa Gregorio, quien fue nombrado general de los ejércitos pontificios y *castellano* de la fortaleza romana de Sant'Angelo, mostrando en ciertas ocasiones su clara predilección por los españoles[7].

96. Guido Reni, *Cupido con un arco*. Madrid, Museo Nacional del Prado.

97. Guercino, *Cupido despreciando las riquezas*. Madrid, Museo Nacional del Prado, depositado en el Museo de Pontevedra.

98. Annibale Carracci, *Venus y Adonis*. Madrid, Museo Nacional del Prado.

y los viejos, los cuales fueron realizados en 1617-1618. Estas dos importantes pinturas pasaron por legado testamentario de su sobrino Niccolò Ludovisi al rey Felipe IV el año 1664. El monarca español las destinó por su carácter religioso al monasterio de El Escorial, donde continúa la primera de ellas; la segunda, sin embargo, pasó al Palacio Real de Madrid y más tarde al Museo del Prado, lugar en el que hoy se conserva[421] (figs. 86 y 87). A lo largo de la centuria fueron ingresando en las residencias reales españolas pinturas de artistas boloñeses tanto por el encargo directo como por regalos de religiosos y aristócratas.

Monseñor Camillo Massimi, nuncio en Madrid entre 1654 y 1656, además de uno de los principales coleccionistas de pintura y escultura clásica de la Roma del XVII, pudo obsequiar a Felipe IV con dos importantes *Cupidos* de Reni y Guercino con motivo de su incorporación a la nunciatura. Estas obras, pertenecientes al Museo del Prado, representan a *Cupido con un arco* –el de Reni (fig. 96)– y *Cupido despreciando las riquezas* –el de Guercino (fig. 97)–, y fueron en efecto regaladas por Massimi al presentarse ante el monarca al comienzo de su compleja nunciatura[422]. No fueron pocas las dificultades que Massimi atravesó antes de establecerse en Madrid, puesto que al ser considerado profrancés en un primer momento se le negó la entrada en la corte, debiendo residir más de un año en la pequeña localidad de Campillo de Altobuey, situada en la provincia de Cuenca. Su verdadera toma de posesión no tuvo lugar hasta mayo de 1655, permaneciendo en la corte hasta el verano de 1658[423]. Los *Cupidos* colgaban, tras la muerte de Carlos II, en el despacho del rey en el cuarto bajo de verano del Alcázar de Madrid[424], donde también estaba la *Muchacha de la rosa* de Reni.

Entre finales de 1659 y el verano de 1660, el por entonces embajador español en Venecia, el marqués de Mancera, encargó al Guercino dos lienzos, uno que había de representar *Hércules con la hidra* y otro una *Andrómeda*. El pintor dejó constancia en su libro de cuentas de las cantidades recibidas del embajador como señal del encargo y como pago definitivo, si bien sus anotaciones no aclaran si las pinturas fueron realizadas para el propio Mancera o por el contrario el embajador, como era habitual, actuó como intermediario del mismo monarca[425].

Poco tiempo antes de morir, en 1664, Felipe IV consiguió hacerse con dos destacadísimas obras mitológicas de Annibale Carracci y Guido Reni. A través de su virrey en Nápoles, don Gaspar de Bracamonte, conde de Peñaranda, el rey compró treinta y nueve lienzos de la almoneda de la colección del genovés marqués de Serra, entre los que se encontraban *Venus y Adonis* de Carracci (fig. 98) y una versión de *Hipómenes y Atalanta* de Reni, hoy en el Museo del Prado (fig. 99), así como un *Cristo con la cruz a cuestas* de Reni, conservado en la Academia de San Fernando[426]. Cuando se realizaron los inventarios de los bienes de Carlos II, las dos primeras obras colgaban en la galería del Cierzo del Alcázar de Madrid; el lienzo de Carracci fue tasado en mil quinientos doblones, y el de Reni en cuatrocientos[427]. Aquel mismo año murió Niccolò Ludovisi, príncipe del Piombino, quien como se vio donó a algunos potentados españoles obras de la relevancia de la *Bacanal* de Tiziano. Con su legado testamentario ingresaron en la colección real otras importantes pinturas, entre ellas alguna del mismo pintor veneciano. En el reparto de sus bienes, como defiende Malvasia, el embajador de España intentó hacerse con una *Anunciación* de Annibale Carracci para el rey Felipe IV[428].

99. Guido Reni, *Hipómenes y Atalanta*. Madrid, Museo Nacional del Prado.

100. Guido Reni, *La Virgen de la silla*.
Madrid, Museo Nacional del Prado.

118. Joan Priwitzer, *Retrato de don Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar*. Colección particular.

de la embajada, tal vez incluso de manera más acentuada que cuando vivía en Madrid. No obstante, mantuvo numerosos contactos epistolares mientras vivió en Londres. Desde Madrid también le escribió en alguna ocasión un abate con el que parecía haber entablado amistad durante su estancia en aquella corte, con quien al parecer compartía la pasión por la Historia[152]. También se comunicaban con él desde la corte española en 1640 Gabriello Riccardi, agente del duque de Toscana, y Vespasiano Gonzaga[153]. En diciembre de aquel año escribió Malvezzi al conde-duque solicitando su apoyo en una causa abierta en Roma por la tutela de la nieta y única heredera de la marquesa Virginia Malvezzi Ruini, su pariente. En Madrid no se decidió a favor de la Malvezzi, ya que la otra litigante por la tutela de la niña era doña Constanza Mattei, miembro de una importantísima y poderosa estirpe romana[154].

Por lo que respecta a su implicación en actividades artísticas, al margen del asunto de las miniaturas de Velázquez, lo más sobresaliente en su etapa inglesa fue la relación que mantuvo con el pintor Joan Priwitzer, a quien empleó en su servicio. Este hecho se deduce de una carta de 1642, conservada en el Archivio di Stato di Bologna, en la que a través de un intermediario, el pintor le pedía ayuda al marqués por haber venido a España huyendo de las revueltas de religión de las islas británicas[155].

Joan Priwitzer, Prebisser o Prewitzer fue un pintor de origen húngaro presente en Inglaterra y España en la primera mitad del siglo XVII[156], del que se tienen muy pocas noticias. Su llegada a Inglaterra tuvo lugar durante el reinado de Jacobo I, soberano que al parecer le acogió favorablemente, abriéndosele las puertas de la alta sociedad, a algunos de cuyos miembros retrató. Se tiene noticia de una obra suya firmada y datada; es el retrato de sir William Russel, en el que aparece la inscripción «Iohanes Priwizer de Hungaria faciebat 1627»[157]. Recientemente, ha sido expuesto otro lienzo firmado por él, y que al margen de demostrar su gran calidad como retratista, evidencia que sus vínculos con los españoles residentes en Londres se remontaban a tiempos muy anteriores a la llegada de Malvezzi a la capital británica. En efecto, el retratado en el lienzo que refiero no es otro que don Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar (fig. 118), embajador de Felipe III en Londres desde 1613 hasta 1618 y en una segunda ocasión desde 1620 hasta 1622, quien ya mantuvo relación con Priwitzer en fechas tan anteriores a la llegada de Malvezzi como 1621, año en que se data el cuadro. Tuvo que ser en la segunda embajada cuando Gondomar tomó a su servicio al pintor, ya que antes de haberle realizado el mencionado retrato en 1621 estaba probablemente bajo sus órdenes. En una carta que el conde envió desde Londres el 22 de octubre de 1622 a Diego de Santana en Valladolid, en la que daba una serie de instrucciones para la reforma de la biblioteca que tenía en la ciudad castellana, se refiere que tenía a su servicio en Londres dos pintores «que hazen excelentemente retratos», al tiempo que manifestaba su voluntad de llevarlos consigo en su regreso a España[158]. Uno de estos artistas cualificados en la práctica del retrato debió de ser el húngaro Priwitzer, quien sin embargo no llegó, pese a lo anunciado, a viajar a España en compañía del embajador en su regreso de 1622. Por otra parte, Gondomar y Malvezzi no pudieron nunca conocerse, ya que el noble español falleció en 1626[159].

Tuvo que ser por tanto en calidad de retratista como Priwitzer sirvió a Malvezzi en Londres, si bien no puede aventurarse si su relación fue ocasional o si por el contrario se extendió du-

rante los años que el marqués residió en la capital británica[160]. En cualquier caso, la ayuda del noble boloñés debió de resultar decisiva para que el pintor se pudiera asentar en España tras llegar a la costa cántabra en su huida de las revoluciones de Irlanda. Desde la ciudad de San Sebastián pasó a Castilla, ya que está documentado su encuentro en Valladolid con el también pintor Diego Valentín Díaz algo antes de 1647. Priwitzer visitó al ilustre pintor en compañía del sacerdote irlandés Andrés Saló, quien había propiciado el encuentro a petición del húngaro[161].

Pese a las cambiantes relaciones entre la corte de Londres y la de Madrid, Malvezzi, aunque arribó a Inglaterra en calidad de representante de Felipe IV, logró cierta proyección en el panorama londinense. Tuvo en él algunos importantes admiradores de sus obras, como lo fue la propia reina Henrietta[162]. Dos de sus libros, el *Romolo* y el *Tarquinio*, incluso habían sido traducidos al inglés por Hanry Carey, conde de Monmouth en 1637, alcanzando dos ediciones[163].

Al margen de estas cuestiones, lo cierto fue que su misión en Inglaterra se saldó con escasísima fortuna, ya que ni el matrimonio que quería concertarse, ni la liga antiholandesa fueron posibles. Sin embargo, Malvezzi fue acogido calurosamente en algunos círculos intelectuales, así como algunas personalidades singulares del panorama político, como la condesa de Arundel, le profesaron una evidente estima[164].

El fin de la misión en Inglaterra no supuso la licencia de Malvezzi del servicio de Felipe IV, quien por entonces ya le tenía reservado otro destino como diplomático. El rey envió a Malvezzi a Flandes, donde el marqués pasó en calidad de consejero del cardenal infante don Fernando, que había tomado las riendas del gobierno de aquel territorio tras la muerte de la infanta Isabel Clara Eugenia[165]. Felipe IV había consultado al consejo de Estado en febrero de 1640 quién podía adecuarse al cargo de asesor del cardenal infante en el gobierno de aquel complejo territorio. Se propuso entonces a don Francisco de Melo, marqués de Torrelaguna, quien fue aceptado por el monarca tras haber considerado otras opciones. Pero más tarde, tuvo que estimar oportuno reforzar el gobierno con otra ilustre presencia más, la de Virgilio Malvezzi.

La amplia formación del boloñés con seguridad le había proporcionado cierta consciencia sobre la dificultad política y el esfuerzo militar que para España suponía el mantener su soberanía en Flandes. Además, es muy probable que incluso conociese esta cuestión en su perspectiva histórica; tiempo atrás, el cardenal Guido Bentivoglio, ilustre miembro de la estirpe que había regido en el pasado los destinos de Bolonia, le obsequió con un ejemplar de la obra que había escrito sobre la Historia de Flandes durante su nunciatura en Bruselas[166].

Camino de la capital flamenca, Malvezzi pasó por la abadía de las Dunas el 23 de marzo de 1641, donde pudo encontrarse nada menos que con el religioso y gran erudito Juan de Caramuel Lobkobitz, quien al año siguiente le dedicó uno de los preliminares de su obra *Rationalis et realis philosophia*, aparecida en Lovaina. De las Dunas partió para Bruselas, donde llegó hacia el 3 de abril. Allí residía entonces don Francisco de Melo, embajador ante Alemania y plenipotenciario español para la paz de Westfalia. Entró en contacto también con un núcleo de nobles franceses exiliados por su manifiesta oposición a Richelieu, a los que se sumó en un determinado momento la duquesa de Chevreuse. La misión que se le encomendó consistía en apoyar al cardenal infante don Fernando en su campaña de aquel año, así como mediar en las relaciones con los